



LOS 400 GOLPES

◆ ENRIQUE RUÍZ

Hablar de una *catástrofe cotidiana* podría sonar exagerado para señalar el asombro que aturde nuestros sentidos o también podría parecer solamente un juego de palabras. Pero la persistente suma de acontecimientos que nos perturban casi a diario demuestran que no es tal la exageración sino apenas una sensible forma de llamar a las cosas que van sucediendo, pesadilla obstinada, documental gráfico de una ciudad y un país que nunca alcanza un desenlace.

No sabemos por dónde va a llegar el siguiente golpe: somos narco delincuentes, que somos corruptos, que somos militares-no-civiles, que somos cómplices de todo, que somos anarquistas radicales, que somos inocentes víctimas colaterales, que somos secuestrados exprés, que somos migrantes rumbo a la frontera, que somos desaparecidas y asesinadas, que somos políticos cínicos impunes y así, al galope infatigable. Son los 400 golpes de Truffaut amplificadas. Todos estos acontecimientos nos tocan y sospechamos de

SON CIENTOS DE HERIDAS Y CORTES LOS QUE NOS MANTIENEN EN UN LUGAR INTERMEDIO, CONFUNDIDOS, DESPLAZADOS, Y AL MISMO TIEMPO CON LA CERTEZA DE QUE HAY QUE HACER ALGO AL RESPECTO. LA PRINCIPAL ENSEÑANZA VIENE DE LOS GOLPES, DE LA VIOLENCIA QUE TOMÓ POR ASALTO LA VIDA Y FORZÓ LA EVIDENCIA DE UNA DESCOMPOSICIÓN QUE SE SIMULABA INEXISTENTE.

calles, oficinas, familias, vecinos, transportes, aulas, reuniones. Es un virus que ha entrado en el cuerpo; en unos produce verborrea disparatada y en otros se almacena en las vísceras o en las vértebras. Pero cualquier intento de asimilarlo y comprenderlo resulta opaco. Es algo que ha propiciado una conciencia diferente del Otro, pero también es la misma razón para cerrarse, amarrar los prejuicios y profundizar las heridas.

El cuestionamiento es retórica pura: ¿qué ha cambiado en 10 años?

Todo ha cambiado y todo sigue igual, a ese grado nos vamos acostumbrando pues no escogemos las batallas que queremos pelear en estas circunstancias que nos aturden. El anhelo de querer nombrar, identificar, localizar el orden dentro del caos nos contrapone con su densidad e intensidad, sus innumerables pliegues, texturas y alcances.

Para el quehacer de muchos artistas, desposeídos de una torre de marfil desde hace largo tiempo, el asunto significa una exploración de posibles tesis y tareas de configuración que de algún modo les conciernen o les interpelan. No se trata de seleccionar con frivolidad aquellas noticias que más circulan en medios de comunicación (o en conversaciones) sino de aproximarse a un lugar

propio de enunciación, a la posibilidad de acceder a los sentidos (o a los sin-sentidos) que produce este horizonte de acontecimientos.

El lugar propio de enunciación no es gratuito, ni afable; requiere intentos, pruebas, discusiones, traslados, que puedan estabilizar al mismo tiempo que desacomodar los márgenes de una verdad que busca ser pronunciada. Se trata de algo que quiere revelarse, mostrarse, porque está presente y es propia de quien es interpelado por ello. Entonces la condición es acerca del sí mismo, del lugar que eso tiene en la vida del sujeto. Y desde esa apertura al reconocimiento de las condiciones se manifiesta pero no de manera categórica sino como una serie de apuntes que se mantienen elusivos; no es un proceso sin costo, ni tampoco resultado del encuentro con las musas, es un quehacer esforzado, de apertura a su viscosidad, a su complejidad.

Hay una fractura en el sujeto que devenimos, diez años después. Son cientos de heridas y cortes los que nos mantienen en un lugar intermedio, confundidos, desplazados, y al mismo tiempo con la certeza de que hay que hacer algo al respecto. La principal enseñanza viene de los golpes, de la violencia que tomó por asalto la vida y forzó la evidencia de una descomposición que se simulaba inexistente. Ahora que han disminuido los acontecimientos perturbadores (pero no cesado, sin duda), las acciones tienen que ver con trabajar afuera de lo normativizado por las instituciones, o intentar apropiarse de espacios, atraer herramientas para activar su conciencia política, comprometer parte de su tiempo para acercarse al Otro y visibilizar prácticas que la ciudad no favorece o permite. Es interesante este despliegue de actividades, difícil de agendar o de estructurar, que toma plazas, convoca a encuentros, hace marchas, publica fanzines, se organiza como puede casi sin recursos, empuja, sostiene, también a veces desaparece, mientras que por otro lado, la vida regiomontana ha retornado a su frenesí urbano, y con ello a re-afirmar su delirio laboral: todo sigue igual, dicen, los 400 golpes fueron solo una pesadilla, no hay necesidad de cambiar, hay que seguir trabajando *que se ocupa*, la violencia no tiene que ver con la desigualdad o la globalización o la discriminación, esas cosas que suceden allá lejos

PARA MONTERREY EL QUEHACER DE LAS ARTES CONTINÚA EN CONDICIÓN POCO ASERTIVA, DESGAJADA, SIN UN LUGAR PROPIO, NO TANTO POR LOS ESPACIOS (QUE SI EXISTEN, O NO EXISTEN, EN LA ZONA URBANA) SINO POR EL LUGAR QUE OCUPAN EN LA PRODUCCIÓN DE SIGNIFICADOS.

en las profundidades del país. Aprender la lección es desagradable, por ello se le niega.

Más que un partearguas o un giro epistémico ha sido un choque (un golpe seco) en el que nos hemos reconocido vulnerables y fragmentados. Ya no podemos volver a ser los mismos, ya no hay retorno, ni para la ciudad ni para el país. Es desde este choque de donde parten las iniciativas de las propuestas incluidas en esta colectiva, propuestas que resuenan a partir de redes y acciones globales pero que actúan por su propia cuenta, desde el anhelo de aportar elementos a otra forma de vivir, otra forma de ser y estar en/con el entorno. La decepción lleva a la acción.

Diez años podrían significar la consolidación de una carrera artística, o tal vez de una institución, tal vez en otras condiciones. Sin embargo, para

Monterrey el quehacer de las artes continúa en condición poco asertiva, desgajada, sin un lugar propio, no tanto por los espacios (que si existen, o no existen, en la zona urbana) sino por el lugar que ocupan en la producción de significados. Así que, a la manera de un breve Atlas de enunciados artísticos, lo que se ha reunido aquí son los procesos, las piezas, las acciones y los documentos de algunos sujetos que han vivido atravesados por las circunstancias, enunciados elaborados desde la fragilidad y la incertidumbre que ello obliga. Así es nuestro lugar. Sin duda, es un acto de supervivencia que existamos (aún) en un país donde hay más de 250,000 muertes acumuladas durante la acuciosa temporada de violencia general que aún no termina de parir monstruos. ●